



1849: LA INFORMACION MILITAR ESPAÑOLA ANTE LA EXPEDICIÓN A ITALIA

Andrés CASSINELLO PÉREZ¹

Investigar sobre los Servicios de Información españoles es una tarea tan apasionante como ingrata. El no saber cual fue su engarce en los órganos de dirección del Estado en cada época de nuestra Historia, junto con la natural reserva en que se desenvuelven sus trabajos, obliga a un peregrinar sin fin de archivo en archivo. Es muy difícil encontrar una traza continua que lleve de la definición de sus órganos de Dirección, su pertenencia a determinada Secretaría de Estado o Ministerio, la nómina de sus agentes más representativos y el desarrollo de sus acciones. Naturalmente que el secreto ha de presidir sus actuaciones, pero el paso del tiempo acaba convirtiendo su confidencialidad en intrascendente y ahora su desaparición nos priva del conocimiento de datos que serían esenciales para la interpretación de nuestra Historia.

En un Seminario sobre los Servicios de Información, celebrado en el Instituto de Historia y Cultura Militar, yo mantuve la tesis de que España ha sido siempre un país serio y que no encontrar ahora su traza documental no debiera interpretarse como prueba de su inexistencia. Yo había investigado sobre los Servicios de Información durante la Guerra de la Independencia a través de algunos legajos desordenados del Archivo Histórico Nacional y de los archivos militares y creo que logré rellenar un puzle incompleto que, al menos, permitiera formarse una idea de su creación, funcionamiento y de algunas de sus acciones. Pero si lo logré fue por un golpe de suerte, al encontrar los datos entre otros cientos de documentos que nada tenían que ver con el tema.

Se han publicado últimamente trabajos excelentes sobre la existencia de estos servicios en los tiempos de los Austrias, donde resalta la figura del

¹ Teniente General en la Reserva.

«Superintendente de las Inteligencias Secretas» o «Espía Mayor del Reino» y de algunas andanzas de sus agentes en Francia, Flandes o Inglaterra; o sobre las figuras de Alí Bey en tiempos de Carlos IV o de Avinareta durante la Guerra Carlista, pero esas son sólo ráfagas discontinuas de un proceso que debió ser permanente, porque la necesidad de información es constante en el Estado para la dirección de la política exterior y de la guerra. Volvemos a la tesis de que España es un País serio y, no me cabe duda, consciente de sus necesidades. Por eso, aunque no encontremos su traza documental, tuvo que existir siempre un Servicio de Información.

En la sesión última de aquel Seminario me referí al General Gómez de Arteche. Que el sesudo General, Académico de la Historia, Senador y autor de la Historia de la Guerra de Independencia más completa que conozco, se hubiera dedicado a espiar a Garibaldi durante su ocupación de Roma, parecía una incongruencia.

Pero es cierto. Probarlo fue una mezcla gozosa de fatiga y hallazgo después de cuatro meses de investigación. Nada en el Archivo Histórico Nacional, ni en el de Presidencia del Gobierno, ni en la Biblioteca del Senado donde se custodian muchos otros documentos del General, ni en la Colección Narváez de la Real Academia de la Historia. Un rastro de su misión encontré en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y por fin, en el Instituto de Historia y Cultura Militar, por casualidad, porque una de las Cajas de la Colección de Guerras de Italia ni había sido microfilmada ni catalogada, me permitió encontrar su informe junto con la correspondencia del Capitán Manrique con Figueras, Ministro de la Guerra. Indudablemente fue la suerte la que me permitió el hallazgo, pero sin la tenacidad en la búsqueda jamás lo hubiera encontrado.

Introducción

Hay un periodo en la Historia del Reinado de Isabel II en el que, entre tanta guerra civil y tanto pronunciamiento, el Ejército español recuperó su papel de herramienta de la política exterior. Fueron las expediciones a Portugal de Junio de 1847 en apoyo de la Reina María y en alianza con Francia e Inglaterra; la expedición a Italia en 1849 en apoyo del Papa, aliada con Francia y el Reino de las Dos Sicilias; la de Indochina de 1857 en apoyo de las tropas francesas y la de Méjico de 1861, también en alianza con Francia e Inglaterra.

Todas estas expediciones fueron de carácter menor, en las que el número de nuestras tropas fue reducido y en las que las bajas en combate —con

excepción de la de Indochina- o no existieron o se pudieron contar con los dedos de una mano.

En el mismo periodo se sucedieron la Guerra de Africa de 1860, con 1.152 bajas en combate y 2.764 por enfermedad; y la subsiguiente a la ocupación de Santo Domingo, con 6.785 bajas por enfermedad y 486 en combate.

Nos referiremos aquí a la expedición a Italia que mandara el General Don Fernando Fernández de Córdoba y, más en concreto, a los trabajos de información ordenados por Narváez antes del envío de las tropas, como a los datos militares facilitados por el Embajador español en Nápoles, el Duque de Rivas, e incluso las facilitadas por Martínez de la Rosa, Embajador ante la Santa Sede desde Gaeta.

La cuestión romana

Al ascender a su Pontificado, Pío IX introdujo amplias reformas políticas que suponían la liberalización del gobierno de sus Estados. Pero estas reformas no colmaron los deseos de los liberales romanos ni el Papa se unió a la marcha ascendente de sus aspiraciones. Asesinado el Jefe del Gobierno, Rossi, el 15 de Noviembre de 1848, en medio de graves disturbios, Pío IX abandonó Roma camino de Gaeta.

A principio de 1848 España carecía de Embajador ante la Santa Sede, nombrándose a Don Francisco Martínez de la Rosa en el verano de ese año, quien tomó posesión de su cargo el 22 de agosto. Cuando se produjo el asesinato de Rossi, nuestro Embajador prometió el apoyo de España, e incluso ofreció nuestro territorio para su instalación.

El 2 de marzo de 1849, convocada por las «Potencias Católicas», inició sus actuaciones la «Conferencia de Gaeta», en la que se encontraban representadas España, Francia y el Reino de las Dos Sicilias. Serían los miembros de esta triple alianza, descartados el Reino de Cerdeña por sus apetencias de lograr la unidad italiana y Austria por encarnar al enemigo ante la mayoría de esa población, los que asumieran las acciones para restituir al Papa en el ejercicio de su soberanía temporal en Roma.

Francia se adelantó y, en abril de 1849 inició las operaciones militares contra la recién constituida República Romana. Para contraponer esta actuación, España y el Reino de las Dos Sicilias acordaron coordinar sus esfuerzos atacando desde el Sur, mientras que Francia lo había hecho desde Civita Vecchia con un pequeño Ejército de 7.000 hombres que fueron fácilmente rechazados.

tos y 1.900 hombres, de los que sólo 600 se encuentran en condiciones de combatir; cuenta además con 2 Regimientos de Artillería, con 1.740 hombres, repartidos por todo el Estado y las torres de vigilancia de la costa, con 4 Baterías italianas de campaña, una suiza y otra de posición, todas ellas a 8 piezas; de Ingenieros cuenta con un Batallón de Pontoneros que son meros zapadores.

Además de estos componentes del Ejército Regular, cita a la Guardia Nacional, con 20.000 hombres; la Guardia Nacional Movilizada, nutrida de los más exaltados revolucionarios de cada ciudad, con 2.700 hombres y los Estudiantes, que en Roma son 1.900. Por último, los emigrados lombardos y napolitanos, que pueden llegar a 40.000, pero que carecen de armas y organización militar. De todo este conjunto de unidades, Arteché sólo considera valiosos los 4 Regimientos de Infantería que proceden del Ejército del Papa; los 3.000 hombres de los Carabineros a pié y los dos Regimientos Suizos, con 19.000 hombres, que últimamente habían firmado capitulaciones con la República, más los 1.000 hombres de la Legión Romana que mandaba Galleti.

Sigue: *«La Infantería ha sido organizada por Rovero, General piamontés poco conocido. Estado Mayor, Ingenieros y Artilleros de educación militar facultativa no existen en la República.*

Cuanto se dice aquí del valor, organización y disciplina, es relativo y solamente en comparación de las cosas del país. Lo que ha sucedido con el ejército del Piemonte puede hacer inferir cuales serán la naturaleza y cualidades del de la Italia Central. El carácter del Gobierno Pontificio hacía imposible toda organización verdaderamente militar.

La raza se ha viciado desde hace algunos siglos en la paz y la superstición y acostumbrada a varios amos no tiene verdadero espíritu de independencia y como no se ha establecido nunca la quinta, ni se impusieron graves penas a la desertión, la milicia bien disciplinada era una cosa imposible. El Ejército vivía como es natural que viva un ejército formado exclusivamente con el objeto de conservar la tranquilidad y sin ninguna mira de hacerlo servir para una guerra extranjera. Esto era también causa de que la juventud no siguiera la carrera de las armas y aunque el ilustrado Consalvi creó a propósito el Cuerpo de Guardias Nobles de Corps, la idea de no pasar de capitanes de esta Guardia y de no tener nunca la esperanza de adelantar, hacía que muy pocos desearan entrar en ella. Faltaba pues a dos millones y medio de habitantes este desahogo y esta educación tan importante.

El General Ferrari, actual General en Jefe de la Guardia Cívica y Comandante del campo de Velletri, pasa por él único verdadero militar de la República.

Acerca del material de guerra hay que advertir que la República no tiene ni un fusil ni un cañón de repuesto; 80.000 libras de bronce han producido las campanas y con ellas se van fundiendo poco a poco algunas piezas muy imperfectas. Hay en la fortaleza ciento y tantas piezas desenterradas y viejisimas que pueden conceptuarse de inútiles».

De la situación política, cita la ambición de la juventud y la entrada en el ejercicio de las armas de los más exaltados e interesados en el sostenimiento de la República, junto a la apatía de la mayoría de la población. Pero hay otro factor que puede reforzar la resistencia: *«Hay además una palanca que sostiene poderosamente la república y es el miedo de unos cuantos millares de aventureros extranjeros a quienes se supone deseos de una intentona de reacción para lanzarse al pillaje y al incendio. Estos, la mayoría lombardos y polacos, que no sabiendo pelear como sus hermanos por la independencia de su país, se han metido a sostenedores de repúblicas; se hallan en número de 4 a 5.000 esparcidos por la ciudad y aunque sin armas la tienen en el más hondo abatimiento. Su influencia ha llegado hasta tal punto, que el día 3 de abril se ordenó la presentación de toda clase de armas de fuego, incluso las de la Guardia Nacional, para su armamento».*

Pero Arteché no se limitó a informar sobre la entidad y valor del Ejército de la República. Recorre las murallas romanas y las quince puertas de la ciudad que la franquean, y considera que los alrededores de Roma, sembrados de ruinas, ofrecen muchas posibilidades para su defensa en profundidad. Las alturas de Villa Borghese, el arrabal frente al fuerte de Male, el convento de San Sebastián, Villa Panfiglia y el Monte Mario, son los puntos más ventajosos para llevar a cabo el ataque contra la ciudad. *«Las fortificaciones son antiguas y por consiguiente no pueden ofrecer ninguna resistencia formal excepto en la parte que se halla bajo los tiros de Sant'Angelo, pentágono abaluartado con fosos y caminos cubiertos en buen estado de conservación con un recinto interior flaqueado por cuatro torres y en su interior el Mausoleo, inmenso torreón cilíndrico en cuya cúspide se puede colocar artillería. Aunque construido su recinto exterior en todas las reglas de fortificación y puesto en estado de defensa con una fuerte guarnición a cuya cabeza se halla el General Stuart, uno de los mejores de la República, no podría resistir mucho tiempo a un ataque en regla por hallarse completamente dominado por el Monte Mario, que corriéndose alrededor del Trastevere tiene toda esta parte de la población bajo sus fuegos».*

Sigue con una descripción muy detallada del terreno entre la costa mediterránea y Roma, así como de las fortificaciones, muy anticuadas, que cubren el litoral, distinguiendo entre los ejes de progresión a derecha e izquierda del Tíber. El de la derecha, entre Civita Vecchia y Palo, ofrece una

costa baja y de fácil acceso por el mar, a la que sigue una pequeña zona escabrosa, que la separa de otra baja y pantanosa ya cerca de la desembocadura del río. La zona de la izquierda del Tíber, entre Ostia y Terracina, es baja y pantanosa hasta Velletri, con el riesgo añadido del contagio de fiebres, general en el verano en todo el territorio romano. Otro eje que señala es el que partiendo del territorio napolitano se dirige a Roma a través de Terracina y Velletri, puntos fuertes que podrían ofrecer gran resistencia. Arteche se muestra partidario de la utilización del eje de progresión a la izquierda del Tíber, envolviendo el punto fuerte de Velletri, en combinación con otro ataque de los Napolitanos desde el Sur siguiendo la Vía Apia.

El segundo informe de Gómez de Arteche

Gómez de Arteche se incorporó en Barcelona, el 11 de mayo, a la expedición española como Capitán de Estado Mayor graduado de Teniente Coronel de Caballería, como también lo hizo Vicente Talledo, designado Jefe de Ingenieros del Cuerpo Expedicionario. El 27 de mayo desembarcaron los españoles en Gaeta, plaza fuerte del Reino de las Dos Sicilias. Dos días más tarde, el Rey de las Dos Sicilias revistó las tropas españolas.

El General Fernández de Córdoba deseaba saber la situación de las unidades francesas que se encontraban por segunda vez frente a Roma y, para conocerla, envió el 5 de julio al capitán Gómez de Arteche, acompañado por el Coronel graduado de Infantería Galisteo, a Civita Vecchia, donde se entrevistaron con el Teniente Coronel francés, Comandante Militar de aquella ciudad.

En su informe, se recoge el incremento de las fuerzas francesas hasta los 22.000 hombres, de los que 1.500 eran de Caballería, y el refuerzo de la Artillería de Sitio con 6 piezas de «a 24» y 20 de marina de «a 32», más algunas Baterías de campaña. También señala que la División de Tolón está preparada para reforzar a las tropas de Oudinot, General en Jefe de las que sitiaban Roma.

No considera fácil la entrada en Roma, defendida con tesón por los republicanos, cuyas fuerzas las estima en unos 30.000 hombres, apoyados por un centenar de piezas de Artillería y numerosas y bien construidas fortificaciones.

De la situación en la zona controlada por los franceses, Arteche señala que la población civil no oculta su posición a favor de los republicanos romanos, cuyas banderas e insignias ondean en los edificios públicos y, en cuanto a la situación en el interior de Roma, considera que la «Guardia

Cívica», compuesta por la gente que más interés tiene en la vuelta del Pontífice, puede desatar una reacción contra la revolución tan pronto como Oudinot se decida a iniciar el asalto a la Ciudad Eterna.

El informe está fechado en Terracina, donde se encontraba el Cuartel General Español, el 11 de junio de 1849.

Una carta anónima, dirigida a Martínez de la Rosa desde Civita Vecchia (¿Esteban Azpeitia, miembro de la Embajada Española en Roma?), a donde llegó con nombre supuesto el 31 de mayo, niega que Arteche se entrevistase con Oudinot⁶, lo que tampoco afirma el General y Académico.

Las cartas del capitán Manrique

El Ministro de la Guerra, Figueras, envió a este Capitán de Artillería al reino de Cerdeña y Piamonte, para obtener información sobre la situación italiana. En el Instituto de Historia y Cultura Militar se conservan cinco cartas de dicho Capitán a Figueras, fechadas entre el 16 de marzo y el 3 de abril de 1849⁷.

La primera de esas cartas, fechada en Marsella el 16 de marzo, da noticias del escalonamiento de las tropas francesas entre Marsella y Tolón, donde se encuentran concentrados varios buques de transporte; 6 Regimientos de Infantería, 1 Sección de Ingenieros y 2 Baterías. También señala la presencia de banderines de enganche de los revolucionarios italianos de Palermo y Florencia. Anuncia su próximo traslado a Génova y Turín, cubierto por un pasaporte mejicano. El próximo fin, el día 20, del armisticio entre Cerdeña y Austria, le hace prever la reanudación de las hostilidades.

El 20 de marzo dirige desde Génova una primera carta después de haber permanecido dos días en esa ciudad. Se llama a los lombardos a alistarse en el Ejército, pero la población de la ciudad quiere la paz y añora la libertad de los tiempos de su República.

Hay en Génova una Guardia Nacional con 8.000 hombres, que no está uniformada y cuyo armamento es el antiguo fusil de chispa. También hay en Génova 3.000 hombres del Ejército y un destacamento de la Guardia Real, ambos uniformados precariamente y armados con fusiles franceses de pistón. También informa sobre el estado de las fortificaciones de la ciudad y su puerto, fuertes y muralla, así como de la Artillería desplegada en esos

⁶ Ministerio de A.E. Correspondencia de la Embajada de Roma. Tomo IV. L. 850.

⁷ Campañas de Italia. Caja 7.208. Carpeta 34.



puntos, a los que no considera de gran valor defensivo. Aún no sabe nada de la ruptura de hostilidades con los austriacos.

El 24 de marzo escribe desde Turín. Se ha entrevistado con el Embajador español, Bertrán de Lis, quien le ha proporcionado 750 francos y a quien ha entregado una carta del Ministro de la Guerra.

Recoge noticias de los primeros combates entre los piemonteses y los austriacos, que evolucionan en contra de los primeros. Las fuerzas del Rey de Cerdeña las evalúa entre 130 y 150.000 hombres, de los que de 8 a 10.000 son de Caballería, con 16 Baterías a 8 piezas. El General en Jefe se encuentra desmoralizado y acobardado y la tropa muy poco disciplinada. Considera que si los piemonteses lograran ventaja, impulsarían la revolución en Roma y Toscana.

El 26 de marzo vuelve a escribir desde Génova, porque el Embajador español en Turín le aconsejó salir de la ciudad lo más pronto posible, ante la llegada a los círculos de los exaltados la noticia de la expedición española en apoyo del Papa.

En Turín sólo quedaban dos Batallones de Infantería mermados, porque el Rey Carlos Alberto había concentrado todo su Ejército frente a los austriacos, agotando en él todas sus reservas. Soldados bisoños, apenas instruidos, sin disciplina y con un elevado número de desertores. Disponen de fusiles franceses y belgas de pistón. La mejor de sus unidades es la Brigada de Saboya, compuesta por 10.000 hombres. En cuanto a la oficialidad de ese Ejército, parece más partidaria del Papa y del Duque de Toscana que de luchar con los austriacos. Las guarniciones de Génova, Turín y Alejandría son de milicias provinciales. La Plaza fuerte de Alejandría está bien provista de Artillería y próxima a la zona de operaciones.

Siguen dos cartas incompletas desde Florencia. Salió de Génova el 26 y el 28, por Pisa, llegó a Florencia. En la Toscana hay de 14 a 20.000 hombres: 4 Regimientos de Infantería de Línea con 4.800 hombres; 1 Regimiento de Artillería de 1.200; 1 Regimiento de Caballería con 500 y 1 Regimiento de Velites y Carabineros con 1.200. De tropa irregular hay una Legión Polaca con 300; 1 Batallón italiano con 600; 3 Batallones de Voluntarios de Toscana con 2.000 y otras unidades menores. Las tropas regulares son las mismas del Gran Duque e inspiran poca confianza al gobierno actual revolucionario. La instrucción es deficiente y el número de desertores elevado. Las fuerzas más leales a ese gobierno son las Compañías Municipales, de las que hay ocho, cada una con 120 hombres y nutridas de los habitantes más exaltados.

El 3 de abril, en su segunda carta desde Florencia, anuncia su salida hacia Roma y de allí a Nápoles. De esta parte del viaje no hay más rastro

documental que la concesión de la Cruz de la Orden Militar de San Jorge de la Reunión por el Rey de las Dos Sicilias el 9 de noviembre de 1849. Manrique se incorporó a la expedición española el 8 de Mayo de 1849⁸.

El informe del Duque de Rivas

Don Angel Saavedra y Ramírez de Baquedano, Duque de Rivas, Embajador de España en Nápoles, había combatido en la Guerra de Independencia, primero como capitán de Caballería, recibiendo once heridas de sable y lanza en la batalla de Ocaña, y después de Coronel y Ayudante de Estado Mayor.

El 21 de marzo de 1849, dirigió un informe al Secretario de Estado, que éste trasladó al Ministro de la Guerra, sobre la situación militar en Roma y la Toscana⁹. Considera que las fuerzas que defienden Roma son más vocingleras que efectivas y que los españoles deberían desembarcar en Neptuno para ocupar rápidamente Frascati y enlazar con los napolitanos en Velletri, donde éstos aportarían la Caballería y la Artillería que la expedición española lógicamente no habría transportado.

El Duque de Rivas es tremendamente optimista, tanto que considera que en 48 horas, después del desembarco, se podría ocupar Roma, de donde los revolucionarios se retirarían a Bolonia y a otros puntos de las Legaciones.

No hace mención de los efectivos en Roma ni de los medios necesarios para esta operación.

El informe de Martínez de la Rosa

El 21 de marzo de 1849, Martínez de la Rosa, Embajador de España ante la Santa Sede, envió un informe al Secretario de Estado sobre los medios con los que contaban los revolucionarios para la defensa de Roma. Ese mismo informe fue trasladado al Ministro de la Guerra el 8 de abril¹⁰.

Señala que la única Plaza Fuerte de los Estados Pontificios es Civita Vecchia, aunque su guarnición no pasa de cuatro Compañías y sus artilleros

⁸ A.G.M. Segovia. Hoja de Servicios y Expediente personal del Capitán de Artillería Don Francisco Manrique y Robledo

⁹ Instituto de Historia y Cultura Militar (IHCM). Campañas de Italia. Caja 7.208; Carpeta 35.

¹⁰ IHCM. Campañas de Italia. Caja 7.208. Carpeta 35.

son escasos en número y poco instruidos. En la frontera con Nápoles se encuentra Terracina, con fortificaciones ligeras y con unos 6.000 hombres de guarnición. El Cuerpo de Garibaldi, con 1.200 hombres se encuentra en Rieti. Garibaldi y el General Ferrari, que en 1822 estuvo en España con el Ejército constitucional, son los únicos que gozan de reputación, siendo desconocidos y desacreditados el resto. En esa zona hay dos Regimientos de Caballería, uno de ellos de Dragones, que deberían contar con 1.200 hombres, pero están incompletos de hombres y caballos.

Entre Terracina y Velletri tienen 8 piezas de Artillería y otras tantas en Bolonia. En Fiumicino tienen 4 cañones y un obús. Los romanos están fundiendo las campanas para construir cañones, lo que indica la escasez de este Arma.

Los dos Regimientos de suizos están en las Legaciones. El Papa les ordenó que se dirigieran a Nápoles, pero no lo hicieron. El partido revolucionario desconfía de ellos y mandó disolverlos para organizarlos de nuevo. Los austriacos están excitando su desertión.

En Roma no hay mas fuerte que el castillo de Santangelo. Su guarnición la componen el Primer Regimiento de Infantería de Línea (4 Compañías en Civitavecchia y otras cuatro en Frosinone), y el 2º Regimiento escaso en hombres. Como puntos de desembarco propone Marivella, Fiumicino o Neptuno. Por último añade un estado general de fuerzas en el que aparecen:

Tropas Regulares:

2.500 suizos muy disminuidos

4 Regimientos de Infantería de Línea con unos 5.000

2 Regimientos incompletos de Caballería con unos 1.200

1 Legión Romana con 1.200

3 Regimientos de Cazadores con un total de 1.200 hombres.

Otras fuerzas:

Legión de Garibaldi con unos 800.

Batallón de Bersaglieri de Melaza con unos 600.

Epilogo

La información, programada y obtenida, cubre todas las áreas de interés. Las cartas del Capitán Manrique se dirigen a conocer la situación y medios militares del Reino de Cerdeña, posible perturbador de la cuestión romana por sus manifiestos deseos a favor de la unidad italiana. Se avalúan los medios disponibles y se vaticina su neutralización a manos de los austriacos.

Después la información sobre Roma, el objetivo de la operación. La pareja Arteche-Talledo permite la evaluación de las tropas, la de las obras de fortificación y las comunicaciones, la una a cargo de un Oficial de E.M. y las otras a las de uno de Ingenieros. Todas estas informaciones acaban complementadas con las de nuestros Embajadores en la zona. Con ellas, tanto Narváez como Fernández de Córdoba pueden formarse una idea de la clase de enemigo al que pueden verse enfrentados. Después, el adelanto de las acciones de los Ejércitos francés y de Las Dos Sicilias permitirá completar, o modificar, la idea formada de antemano. No se irá a ciegas a Roma, se ha cubierto esta parte tan importante para el planeamiento de las operaciones con una información planificada y obtenida de antemano.

Los informes no coinciden en la evaluación de los medios de defensa de Roma. El optimismo del Duque de Rivas y el más templado de Martínez de la Rosa están en consonancia con las evaluaciones iniciales de los franceses, que les llevaron al desembarco de Oudinot en Civita Vecchia, el 25 de abril de 1849, al frente de tan sólo 7.000 hombres, y a pretender con ellos la conquista de Roma (ya sabemos por Talledo que la misión informativa francesa fue apresada por los revolucionarios romanos). Tampoco el esfuerzo napolitano, y su derrota el 19 de mayo en Velletri por Garibaldi, es consecuente con una evaluación correcta de las fuerzas enemigas.

Al Norte de Roma, la hegemonía austriaca es indiscutible. Las sucesivas derrotas de Carlos Alberto en Custoza (agosto de 1848) y la última de Novara (marzo 1849), son señaladas en las cartas del capitán Manrique. Sólo quedan como enemigas las fuerzas de la República Romana.

La expedición militar española, formada inicialmente por 4.903 hombres, reforzados el 7 de junio por otros 3.500, parece contagiada de ese optimismo inicial, aunque los informes de Arteche dan base a una actuación prudente. Es fácil que los cerca de 25.000 revolucionarios que él estimó estén más cerca de la verdadera situación en Roma.

Pero Oudinot reforzó su Ejército hasta llegar a los 30.000 hombres, y con ellos estableció el sitio de Roma el 4 de junio, a la que asaltó el 29 de ese mismo mes, entrando en ella el 3 y proclamando la restauración del poder temporal del Papa el 14 de julio.

Francia era la fuerza más importante de la pretendida coalición de países católicos y nuestras tropas no estaban coordinadas con las suyas. En ese cuadro está justificada la segunda misión de Arteche. Su informe está fechado en Terracina el 11 de junio, cuando el sitio de Roma está ya formalizado y la misión de la expedición española parece carente de sentido.

Caída Roma en manos francesas, Garibaldi abandonó la Ciudad Eterna al frente de 14.000 infantes y 800 caballos en dirección a la Toscana y de

allí a Venecia, el último bastión revolucionario en Italia, de donde acabó huyendo a América cuando la ciudad de San Marcos cayó en manos austriacas. No hubo enemigo organizado frente a los españoles; nuestras tropas, de acuerdo con lo pactado en la Conferencia de Gaeta, nunca pretendieron llegar a Roma; tras desembarcar en Gaeta, avanzaron por Terracina y Piperno hasta Velletri, que ocuparon sin resistencia precedidos por un escuadrón napolitano. Después continuaron hacia el Norte, envolviendo Roma por el Este, hasta Monterotondo. No hubo contacto con el enemigo.

Ocupada Roma por el Ejército francés y restituida la autoridad temporal del Papa, la presencia de las tropas españolas carecía de justificación, pero se mantuvieron allí hasta el 24 de enero de 1850 en que iniciaron su reembarque en dirección a España.

BIBLIOGRAFÍA

- CASTELAR, Emilio: *Historia de Europa en el Siglo XIX*. Madrid 1901.
- ESPADA BURGOS, Manuel: *España y la República Romana de 1849*. C.S.I.C. Roma 2.000.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando: *La Revolución de Roma y la Expedición española a Italia en 1849*. Madrid 1882;
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando: *Mis Memorias íntimas*. Madrid 1881.
- MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES: Correspondencia de la Embajada en Roma.
- INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR: Colección Guerras de Italia; Archivo General Militar: Expedientes Personales.